Domingo 4 de abril de 1993 La República

En siete días, tres celebraciones que mezclan la religión el criollismo, la influencia

Semana "criolla" o "santa": los orígenes, los contenidos culturales según análisis

*** "El gaucho y el indio fueron víctimas de los señores criollos. Estos antiguos perseguidos y humillados se convierten hoy en el ornato retórico de actividades y actitudes que procuran desmentir las antiguas conductas homicidas"**

¿Semana "santa","criolla" o "de turismo"? La eterna pregunta se plantea nuevamente y para responderla entrevistamos al antropólogo, escritor y columnista de **LA REPUBLICA**, Daniel Vidart, quien realiza aquí un profundo análisis del tema. Lúcido conocedor de la sociedad uruguaya, Vidart aporta en esta entrevista elementos que permiten ubicar en sus verdaderos términos una cuestión que continúa siendo objeto de estudios y debates, algunos de ellos polémicos.

Vidart visto por Tomás Blezio.

■ —¿Cómo se puede caracterizar la semana "criolla" o "santa"?

—En nuestro país se ha desvaído, por así decirlo, el estricto sentido religioso que la Semana Santa aún conserva en muchas regiones de América —pensamos, por ejemplo, en los rituales rigurosos de Popayán, en Colombia— cuyos pueblos consagran fervorosamente los valores de la cultura cristiana, llegada con las carabelas.

La tradición litúrgica europea, que era la tradición del conquistador, impuso en el seno de poblaciones mestizas, con hondas raíces indígenas y africanas, los rituales y las fiestas de un catolicismo cuya vertiente ibérica se caracterizó por la unción y recogimiento que presidían las ceremonias religiosas a lo largo del año. Digo de paso que, al margen de la corriente oficial de la Iglesia, el cristianismo popular europeo, mechado de reminiscencias paganas, se mezcló con las religiones indígenas a tal punto que en Chichicastenango, Guatemala, cualquier avisado testigo puede comprobar que bajo la capa del formalismo eclesiástico rezuma el espíritu de las divinidades mayas.

Nosotros, los uruguayos, que vivimos el impacto de las ideas de la ilustración francesa, de los ácratas italianos, del libre pensamiento ejercitado y difundido por líderes políticos y sociales, autoproclamados ateos y antidogmáticos, agnósticos e irreligiosos, hemos incluido en esos días tan señalados otros tipos de ceremoniales y actividades de tono profano. De tal modo, sin dejar de ser Santa, la semana dedicada a la pasión, muerte y resurrección del Señor, hubo de compartir sus días, de recogimiento y duelo primero y júbilo después, con una Semana de Turismo y una Semana Criolla. Esta es una típica mezcla rioplatense, fruto de un país encrucijada como el nuestro, cuyo criollismo reconoce, como yo sostengo, tres distintos momentos culturales y temporales.

—¿Qué es lo criollo y por qué se caracteriza?

—Ser criollo, en América, donde surge el término a fines del siglo XVI, significa ser hijo de extranjeros nacido en estas tierras. Criollo equivale a cría, casi por simil zoológico, y los primeros criollos así denominados fueron los descendientes de los esclavos africanos. Luego el término se extendió, por desborde semántico, a los hijos de españoles y portugueses, y aun a los mestizos, pero nunca a los indios. Ellos eran, en realidad, los hijos legítimos de la tierra, pero los criollos integrantes de la aristocracia colonial, que con la independencia se transformó en patriciado, siempre despreciaron a los dueños verdaderos de América.

El criollo se erige como un paradigma de conocimiento de las cosas terruñeras y de baquía paisajística y laboral frente al maturrango europeo recién llegado. El criollo es valiente, diestro, malicioso, entendido en las artes de sobrevivir en un medio hostil; conoce la naturaleza vegetal y animal, tiene entrenamiento para el trato humano con el indio sometido, el mestizo relegado y el español o portugués que representan la Corona. Los chapetones, los cagatintas, los paniaguados de la administración colonial, la soldadesca transatlántica, todo lo que representa el yugo político y el estricote económico que embravece y humilla a los criollos, se erige desde el pique nomás en el paradigma de los desvalores foráneos, en el odiado repertorio de la extranjería y la opresión. Por eso el criollo será, aunque con distinto signo, un rebelde, un insurgente, un revolucionario. Los criollos, a comienzos del siglo XIX y a lo largo de toda América hispana, rompen las cadenas del coloniaje e inauguran las del latifundio rural, las del mostrador urbano, las del trámite oficinesco, y con ellas esposarán y engrillarán al pobrerío de los campos —paisanos y gauchos— y al pobrerío de las ciudades. Hay criollos y criollos, pues: los de arriba y los de abajo, y no siempre los de arriba tuvieron dignidad ni los de abajo conocieron el regocijo.

—Usted ha dicho que el criollismo puede dividirse en épocas ¿Cuáles son?

—Resumiendo muy esquemáticamente: los criollos viejos son los orientales desde el nacimiento de la sociabilidad, en los campos primero y en Montevideo y su aureola urbana luego, hasta la Guerra Grande, a mediados del siglo XIX; los criollos nuevos son los hijos de los inmigrantes, llegados durante el "malón" transatlántico que venía a "hacerse la América" y que al cabo la hizo, la construyó. Los primeros eran criollos orientales; éstos son criollos uruguayos. La poesía gauchesca encarna los valores espirituales del paleocriollo; el tango simboliza el maridaje de los venidos en las panzas de los buques con los expulsados por el éxodo resultante de la tecnificación de la estancia cimarrona. A los criollos uruguayos, para ser cosecuentes con la taxonomia adoptada, se le podría llamar los mesocriollos.

A lo largo de este atormentado siglo XX se inaugura el neocriollismo, al que si bien se le denomina contemporáneo, cabalga a lo largo de tres o cuatro generaciones. Ya no somos orientales ni estrictamente uruguayos: hemos ingresado al mundo "subdesarrollado" de América y al cosmopolitismo en el anca de los **mass media**, de la revolución cientificotécnica y del rock, cuya música y letra expresan la **Weltanschauung** de la anomia, de la violencia y del aburrimiento que provienen del Bajo Imperio Usita, entiéndase Estados Unidos de Norteamérica. La identidad nacional parece esfumarse en este **melting pot** gigantesco de modernismo y posmodernismo, y es por eso que el hombre uruguayo del montón, alineado tras una vanguardia intelectual iconoclasta, busca los fundamentos de su ser más allá y más acá del mítico y, sobre todo, mitificado gaucho, metiendo en el baile al inmigrante, cuyo hijo es también un criollo cabal, y a los hasta ahora negados y ninguneados descendientes de los charrúas y los guaraníes. Ya no tenemos poesía gauchesca ni tango en su salsa novecentista para colmar la demanda simbólica de los espíritus desencadenados, sobre todos juveniles, que pueblan el solar de las cuchillas. Sus abuelos y sus padres, todos del siglo XX, fueron los testigos o las víctimas de una serie de acontecimientos catastróficos, desquiciantes, que le han cambiado de piel al mundo y anuncian una nueva era: la última revolución ecuestre en el Uruguay es seguida por la inauguración del Estado benefactor batllista que resiste la primera guerra mundial pero que se despena después de la segunda y, tras esta breve y engañosa aurora, advienen la crisis económica generalizada, la desmesura imperial de las superpotencias, el auge de las dictaduras de los setenta, que nos marca a fuego. Todo esto, junto y revuelto a la vez, promueve este desconcierto que aquí y ahora trenza las alusivas hebras de la esperanza y el pesimismo en un país que se abraza al sueño de la integración para no morir a la intemperie de su pequeñez y su impotencia. De pronto, esta hora puede ser la del resurgimiento de un nuevo criollismo, cuyo signo aún no se avizora, pero que a través del canto de protesta nativo y el **rock** a la uruguaya ha procurado definir los signos exteriores, éticos y estéticos, de un inédito rumbo colectivo.

—¿La semana criolla es exclusivamente la hípica y la épica de la doma?

—La semana criolla, cuya vigencia es innegable, no puede agotarse, en un solo aspecto, cual es el de la doma. La tradición oriental y la uruguaya son más ricas que lo expresado por una de las habilidades eminentes del paisano de tierra adentro. La doma quiere evocar al gaucho, que era mucho más que un domador, y los payadores que circundan el ruedo quieren recordar al canto de un personaje que también era mucho más que un cantor. Pero antes pongámonos de acuerdo sobre lo que significa el gaucho. Con respecto a esta palabra hubo una serie superpuesta de círculos concéntricos en el momento de definirse su tipo humano.

La voz nació para designar a los **desgaritados**, a los **pasianderos**, a los **vagamundos**, a los libres hacedores de botín de carne gorda que poblaban las cuchillas. Artigas nunca usó este término: no le gustaba porque sabía lo que quería decir. El hablaba de "mozos sueltos de la campaña". Esta primera acepción, nacida a fines del siglo XVIII, se verá luego desbordada. En una segunda etapa recibe el nombre de gaucho quien pertenece "a la gente de campo, sobre todo la de clase pobre", como anotara el viajero sueco Skogman a mediados del siglo XIX. Finalmente, en una nueva vuelta de tuerca, la palabra adquiere una latitud desmesurada. Beaumont, un viajero francés que supo tener el ojo avizor y la mente aguda expresó a fines del mismo siglo: "Gauchos es la denominación con que se denomina a toda la gente de campo, desde el rico estanciero hasta el pobre esclavo obtenido por compra..." Y luego agrega: "los gauchos, tanto aquellos de la clase baja como de condición más elevada, se cuentan, quizá, entre los seres más independientes del mundo".

—¿Cómo define la tradición y lo criollo?

—Es tradición todo aquel bien cultural, expresado en valores, que pasa de mano en mano, de generación en generación. En nuestro país hay una tradición gauchesca, que de pronto convendría denominar "campestre" siguiendo a Azara, pero hay también otra de cepa africana, tan legítima como aquella. El gaucho heredó del español el caballo, la forma de montar, la vihuela, el verso octosilábico de las coplas, la taba, el facón, el cristianismo popular, las normas masculinas del honor y del coraje. Del indio recibió las boleadoras, la vincha, el mate, la sabiduría yuyera, el dominio del contorno. Ambas tradiciones desembocaron en el estuario de un tipo social que encarnó en una sola tradición un doble legado. Pero cabe preguntar también: ¿cuánto hemos heredado de los morenos, además del candombe, el tamboril y el centenar de voces africanas mechadas en nuestro lenguaje popular? ¿Podemos acaso, sin perpetrar un crimen cultural, dejar al negro al margen del criollismo? El candombe, descendiente de un drama ritual africano, es tan criollo como el pericón, recreado a partir de danzas y ritos españoles. ¿Y qué haremos con lo que dejaron firmemente asentado los descendientes de los inmigrantes en nuestras costumbres, es decir, en el **usus inveteratus y a opinio necesitatis** de la cultura anónima que pauta las formas convencionales de nuestro ser y aparecer? ¿No son criollos, y a veces de los buenos o aun de los mejores, los hijos y nietos de **tanos**, de **gaitas**, de vascos arrevesados, de judíos, de libaneses, de ingleses, de armenios, de esclavos? Las tradiciones por ellos traídas y aquí enraizadas ¿deben ser arrojadas al basurero de la historia? ¿Es que la cultura gauchesca brotó como los hongos después de las lluvias o era la culminación, dados un tiempo y un espacio propios, de antecedentes culturales que provenían desde el fondo arcaico de la humanidad?

africana, el legado europeo, lo indígena y los rituales

los significados, la raíz, la tradición y del antropólogo y escritor Daniel Vidart

La cultura no es un manantial autóctono: es una zona de confluencia de antepasadas tradiciones. Somos herederos; no hemos sacado de una galera, como un prestidigitador, lo que "nuestra tradición", que es oriental y uruguaya a la vez, asume a partir de otras "tradiciones" que aquí se juntan y conversan.

Quiero hacer conocer a los lectores de **LA REPUBLICA** unas frases terribles escritas por el eminente Elías Regules acerca de quiénes son y quiénes no son los dueños de las tradiciones criollas.

Revivámoslas, porque en ellas anida un prejuicio que todavía, teñido de racismo y etnocentrismo, esconde y a la vez niega la doble esencia de la orientalidad y la uruguayeidad.

"La inmigración provechosa —expresó Regules— es la que, apareciendo acompañada de grandes capitales, lleva a cabo mejoras positivas... No se halla en el caso... esa que aplastada por el hambre crónica salió de Europa para comer en el Uruguay el pan que debía corresponderle al paisano, la misma que sin destino inmediato, pisó nuestros muelles con el estómago vacío..."

Repetir hoy estas palabras en un país en buena parte construido por los inmigrantes —y no nos olvidemos que con hambre también llegaban aquellos conquistadores extremeños del siglo XVI que saquearon las riquezas de México y Perú al par que sembraban "una tradición", la única que algunos reconocen— suena como un insulto.

Y sin embargo cuando se instituye la "Sociedad Criolla" se dice y repite que su presencia, y el culto por "la tradición por ella instituido, responden a la necesidad de poner dique a lo foráneo, a lo extranjero, al acarreo de ideas antinacionales y costumbres reñidas con la dignidad de la "raza". El emblema de dicha resistencia, porque tiene solera, porqué luchó por la libertad, es el gaucho, y como tal se le exalta y rinde culto.

No obstante, parejamente se olvida que los aperos de lujo y la caballería de buena sangre que piafa y caracolea en los desfiles está muy lejos de la maravillosa equitación y las modestas "garras" del gaucho propiamente dicho, el paria de las cuchillas, "el entenao de esta tierra/que es el primero en la guerra/pa' ser último después", como dice un poema famoso del doctor Regules.

Y ahora cabe una pregunta zumbona: ¿acaso el indio no tiene más venerable antigüedad que el gaucho y no luchó también por su libertad y por la de los criollos que, salvo Artigas, lo despreciaban y terminaron masacrándolo? Y al final de cuentas: ¿el gaucho verdadero, el mozo suelto de la campaña, el señorial caballista, dueño del ocio noble y los horizontes sin fin, no fue acaso acorralado por los estancieros de la era del alambramiento, traído en calidad de "vago y mal entretenido" a fabricar adoquines en Montevideo y obligado a refugiarse con su familia en los "pueblos de ratas"? ¿Se han traspapelado estos verdaderos episodios de nuestra historia en el momento del floreo de la "caballería gaucha", donde ciudadanos nostalgiosos recuperan la mitad de la patria y dejan a la otra, la "extranjera", con el redaño al sol?

¿Y es verdaderamente gaucha una doma que poco tiene de la del campo abierto, que por uno o dos reservados que presenta aporrea sin misericordia a decenas de mancarrones cansados y sedientos, que arma una feria de variedades y burla la buena fe de los propios domadores y del público con un espectáculo comercializado y desteñido, que nada ofrece de "tradicional" y de "criollo" salvo una fachada pintoresca, siempre igual año tras año?

Todo eso, se dice, prospera en honor del gaucho y su hazaña. La amarga verdad es que los descendientes de sus verdugos convirtieron al gaucho en paradigma del heroísmo y la dignidad nacionales cuando ya era un recuerdo y su figura de carne y hueso había sido barrida del escenario de la patria.

¿Y acaso no sucedió lo mismo con el indio? Nos enorgullecemos hoy con la "garra charrúa" pero antes y después de Salsipuedes se le consideraba a dicho charrúa, diezmado y perseguido, como un azote de la campaña, como un forajido maloliente, como un peligro para las vidas y las haciendas de los estancieros. Ambos, el gaucho y el indio tienen sus monumentos, sus fastos recordatorios, sus fechas de exaltados panegíricos.

Ambos, empero, fueron víctimas de los señores criollos del patriciado: sus memorias, engrandecidas y trasmutadas, son ahora el taparrabos de antepasados atropellos y la talabartería de una hípica de fantasmas que claman, si no venganza, un poco de respeto y comprensión.

De tal modo, estos antiguos perseguidos y humillados se convierten hoy en el ornato retórico de actividades y actitudes que procuran desmentir las antiguas conductas homicidas. Si metemos el bisturí a fondo llegaremos a la raíz de una herida desde la cual no sólo brota la sangre de los mártires sino también el pus de la hipocresía.

Estirpe de guerreros artiguistas

De cómo llegué a Camba-Cuá, o un largo viaje a nuestra raíz

por Gonzalo Abella

■ —¿Camba Cuá? No sé dónde es eso.

Mediodía de enero en Asunción, 39 grados marca el reloj electrónico. La Avenida Palma hierve y la gente no está de humor para la locuacidad.

—Me dijeron que es hacia San Lorenzo...

—Ah, pero ese lugar no, nunca oí.

La decisión heroica: tomo un "micro" que dice "San Lorenzo".

—Quiero bajarme en Camba-Cuá —y entrego al chofer-cobrador 300 guaraníes que salen empapados de mi bolsillo.

—No sé dónde es eso.

Un pasajero le habla al chofer en guaraní y después me dice:

—Es otro micro, el que va a San Lorenzo por ... (añade una palabra aún incomprensible para mi incipiente conocimiento de avá-ñe'ë.

—¿Qué micro, por favor?

—El 21 a Zona Norte.

Media hora más preguntando dónde para ese 21; la solicitud al chofer de que me avise en Camba Cuá... y la respuesta afirmativa. Comienza la odisea.

Tres mil quinientos vericuetos después por suburbios y zonas rurales de tierra colorada, de verdor; de casitas de madera pintada, con tejas o quinchado de palma, me acerco desconfiado al chofer:

—¿Falta mucho para Camba-Cuá?

—Cerca estamos. A minutos. Yo te aviso.

Y de improviso el ómnibus se detiene. Me señalan una callecita roja como la sangre, entre pulcras casitas de madera.

—Loma Campamento, Camba-Cuá. Al final, a la izquierda doblás.

Al final, a la izquierda doblando, más casitas, celestes, rosadas, verdes. En un jardín, un grupo de niños entre seis y diez años. Vestidos blancos inmaculados con volados. Les pregunto por el templo de San Baltazar, que es la otra referencia que tengo.

—Te llevamos —y avisan en guaraní a una mujer mayor que se van conmigo.

Entre las casitas y el verdor, bastante lejos, asoma la torre de una iglesia.

—¿Es allá?

Risas.

—No, es acá.

Siguen acompañándome, hablando avá-ñe'ë entre ellos. Distingo la palabra "curé-pí" referida a mí.

—No soy curé-pí, gurises. Soy uruguayo... ¡uruguaio!

Se ríen y me señalan un cerco y un portón abierto. Una mujer mulata, en bermuda y blusa estampada, me mira entre curiosa y amable.

No sé qué me imaginaba, si esperaba ver a los descendientes de aquellos gloriosos lanceros de Artigas todavía en bota de potro y chiripá, pero por un momento me desorientó el aspecto moderno de la mujer.

—Ah... buen día. Vengo de Uruguay, tengo una carta para ustedes del Sr. Sosa, y materiales de Mundo Afro, la organización de los afro-uruguayos...

—Venga por favor... ¡María! Este señor llega de Uruguay...

¡María! La había visto en el video sobre Camba-Cuá y le digo bromeando que es un placer conocer a la gente que sale en televisión. Con sus ¿cincuenta y pico? y sus quilos de más, resulta alegre, bromista, con fina ironía.

Me rodea un grupo de adultos y niños y mientras me bajo medio sifón de soda helada, preguntan y pregunto, bromean y bromeo. Estoy en casa.

—Si llegás media hora antes te ibas en camioneta con el grupo de danza, se fueron a Arunguá. Pero vuelven a las ocho para misa. Si querés esperar...

—Son la una y media... si no molesto, me quedo. ¿Puedo sacar unas fotos?

—¡Claro! Han venido uruguayos... curas vinieron, con chicos de un colegio de Montevideo. Y también se fotografiaron acá.

El templo es pequeño, blanquísimo. Dos hileras de bancos y el altar con el Santo Negro (San Baltazar) y las ofrendas, entre las que distingo un viejo tambor destartalado, de tipo militar, y un flamante "piano" lubolo.

Afuera, las casitas pulcras, los sembrados, y la cancha de fútbol del Deportivo "6 de enero" con escudo a franjas rojas y amarillas, colores del manto de San Baltazar.

Vuelvo a mirar el templo. Detrás, el muro que lo separa de las 60 hectáreas de tierra fértil que siempre pertenecieron a los Camba-Cuá desde que se las entregó en 1820 Gaspar Rodríguez de Francia, pero que les fueran arrebatadas por Moríñigo en 1935.

—Gonzalo —interrumpe María mis reflexiones —Tenés suerte. Vino Lázaro por un tambor. Si querés, te vas con él...

Presentaciones otra vez y subo a un sofocante "escarabajo" Volkswagen donde entramos cuatro adultos, dos niños y un tambor respetable. El diseñador alemán estaría orgulloso de vernos. Las puertas atadas con piolas, hay que empujar un poco, pero arranca.

No abundaré sobre las danzas: sólo apuntaré que es emocionante verlos, bajo la enramada rural, mientras circulaba la cerveza en dos o tres vasos combinada con tereré servido en guampa de vaca.

Agregaré que los chorizos eran picantes y que luego apareció una guitarra. Un cure'pí cantó una zamba, se derramaron polcas y guaranias en guaraní, cantamos canciones orientales y algunas en portugués. "Esto es el Mercosur de veras" dijo el curepí, que era misionero.

Me había llamado la atención un hombre anciano, de oscurísima piel. Estaba sentado en silencio, contemplando la danza. En un árbol próximo, en una jaula grande, había un ave del tamaño de una gallina. Su silencio y su tiempo me atraparon. Trabé conversación con él antes de saber que era un sabio; quizá Ansina, que rondaba en espíritu por allí, me sugirió acercarme.

Me sentí tan bien hablando, aprendiendo sobre la lidia secular de los Artigas-cué por defender sus tierras, que a los diez minutos me animé a preguntarle:

—Ud. recuerda todos los apellidos de sus antepasados... es increíble. ¿El antepasado de su abuelo que vino con Artigas...?

—Con Artigas vino, sí señor.

—Pero se casó acá, quizá. O su hijo se casó acá. Entonces ¿cómo usted es tan, tan negro?

—La mujer negra también era.

—¿Vinieron mujeres?

—Lanceras eran. A caballo venían.

—Pero eso no está en ningún libro de historia...

—Y guaraní hablaban. Cuando Artigas, allá en el Uruguay, guaraní hablaban ya.

Pensé que seguirle preguntando hubiera sido una falta de respeto. Me llamaban a guitarrear y todos cantamos con entusiasmo, mientras la rotación de los vasos se aceleraba y a veces me parecía que el mástil de la guitarra eran dos. De todos modos, mis dedos al tacto se posaban sobre las cuerdas del mástil real y no del virtual. Eso creo. Un hermano de Lázaro me dijo que los Camba-Cuá tienen dos continentes de origen y dos patrias americanas como cuna. Sienten orgullo de ser descendienes de los hombres y mujeres del Estado Mayor del Ejército Africano que Artigas, Ansina y Ledesma quisieron salvaguardar para su soñado regreso al Río de la Plata y a Misiones. Por eso, en la guerra de la Triple Alianza no esperaron que López los llamara: se alinearon donde lo hubiera hecho Artigas, del lado paraguayo, el lado de la soberanía americana. Y muchos cayeron en el camino glorioso a Cerro Corá.

Volvimos de Arenguá a Camba-Cuá en la caja de una camioneta, abrazados a los tambores, apretándonos en cada curva, por una carretera atestada de vehículos que regresaban a Asunción en la noche del domingo. Desde varios camiones, jóvenes con el torso desnudo nos miraban con curiosidad y gritaban: "¡Eh, brasileros!"

Desde Camba-Cuá, un micro repleto —el único que se dignó parar— me acercó al centro, donde llegué a medianoche.

Estaba agotado. La noche anterior no había dormido en el viaje, pero no pude quedarme en el hotel.

Salí a caminar.